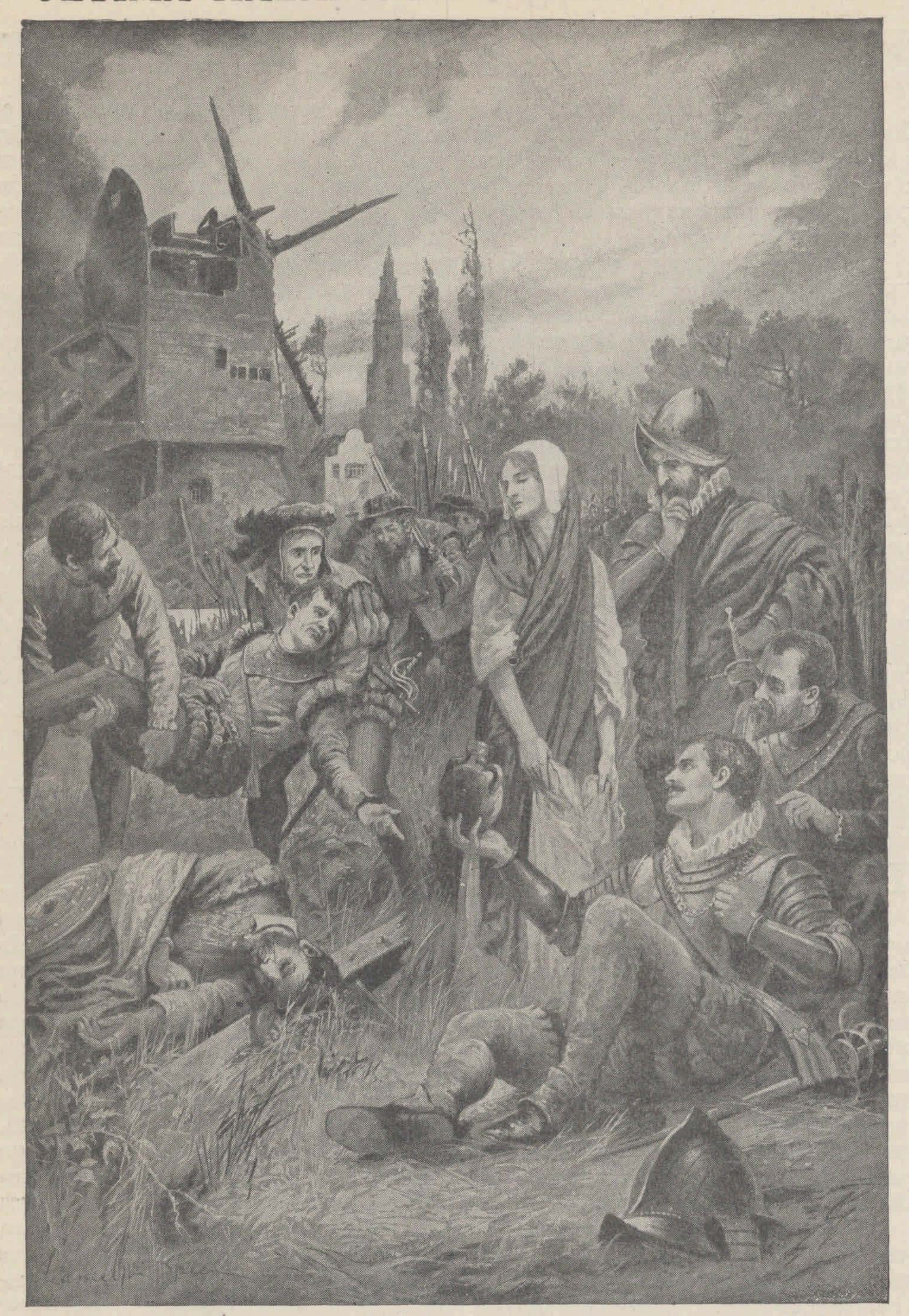
ÚLTIMA HAZAÑA DE SIR FELIPE SIDNEY



Sir Felipe Sidney yacía en el campo del honor sufriendo gran dolor e intensa fiebre. Pidió agua, y se la procuraron tras gran trabajo. Iba a llevársela a los labios cuando vió a un compañero a quien conducían herido, medio muerto de sed. Sir Felipe extendió el brazo y dió el agua al moribundo, diciendo:—Soldado, más la necesitas tú que yo.

TRES VASOS DE AGUA FRÍA

UNAS palabras pronunciadas por Jesucristo, han repercutido en la historia entera de la humanidad, así en las épocas de hambre, como en los días de batalla, y en las horas de muerte. Son éstas: « que hacemos un servicio al Divino Maestro, con sólo dar en su nombre un vaso de agua fría al que tiene sed».

El bravo soldado inglés Sir Felipe Sidney pertenece al número de los que supieron sentir y vivir las palabras de Cristo. Poseía una grande instrucción y había viajado mucho; era poeta y músico, excelente atleta, buen jinete, y, sobre todo, un cumplido caballero. La nobleza de su natural, la intrepidez de su ánimo y la gentileza de sus maneras, hacían de él la figura más notable y romántica de su tiempo.

Durante una gran batalla que se dió en Zutphen, este noble caballero recibió una herida mortal. Había peleado como un héroe. Después de perder en la refriega dos caballos que cayeron muertos debajo de él, siguió conduciendo a sus soldados, con valor temerario, a lo más recio de la pelea. Pero al fin, fué herido por una bala y, al tambalearse en la silla, el caballo se revolvió y salió desbocado del campo con su jinete.

Hallándose ya en el campamento pidió un vaso de agua. El día era excesivamente caluroso; la fiebre le devoraba; y el dolor que le causaba la herida, excede a todo encarecimiento.

A duras penas se le pudo procurar un poco de agua. Incorporóse Sir Felipe, tomó la botella y a punto estaba de llevarla a los labios, cuando echó de ver que un pobre soldado herido clavaba ansioso los ojos en el agua.

La expresión de aquella mirada le hizo olvidarse de su propio dolor. Con noble sonrisa alargó su brazo y depositó la botella en la mano del moribundo, exclamando:

—¡Camarada, tu necesidad es mayor que la mía!

Otro héroe se inmortalizó de igual modo por un hecho algo semejante. Es éste el generoso Rodolfo de Hapsburgo, cuyos descendientes gobiernan todavía en Austria, el reino creado merced a su denodado esfuerzo.

En cierta ocasión, Rodolfo se hallaba con su ejército en un lugar donde todos padecían una sed terrible. Alguien halló modo de procurarse un vaso de agua e inmediatamente le fué llevado a Rodolfo, como grande e inapreciable tesoro. Tomó el codiciado vaso en sus manos y exclamó: « Yo solo no puedo beber. Todos no pueden participar de este pequeño sorbo. La sed que me acosa, no es solamente mía, sino de todo mi ejército ». Y diciendo esto, inclinó el vaso y derramó en el suelo su contenido.

Podemos añadir aún otro hecho bajo del título de « Vasos de agua fría », porque es también un hermoso ejemplo de espíritu cristiano, aunque de un carácter nuevo y sorprendente.

Durante las guerras del siglo diez y siete, entre Dinamarca y Suecia, cierto soldado danés herido se disponía a beber de una botella de madera llena de agua, cuando oyó lamentarse a un sueco que yacía en tierra a corta distancia, desangrándose.

El buen danés arrastróse hasta su enemigo y usando las mismas palabras de Sir Felipe Sidney: « Tu necesidad es mayor que la mía », se arrodilló y le acercó el agua a la boca. Pero el sueco, alzando súbitamente una pistola, hizo fuego e hirió al danés en el hombro.

—¡Villano!—exclamó el dos veces herido soldado de Dinamarca. — Deseaba hacerte un favor y en recompensa ¿tú quieres asesinarme? Pues bien; te hubiera dado toda la botella, pero, en castigo, ahora sólo tendrás la mitad.

Y así diciendo levantó el recipiente que contenía el refrigerante líquido, bebió de él y luego lo depositó en la misma mano que había intentado quitarle la vida.

El Libro de hechos heroicos

EL DOCTOR DE PUERTO BURTON

El doctor Guillermo Smyth, vivía en el extremo Noroeste de Irlanda, en Puerto Burton, pequeño pueblo de la costa en el condado de Donegal, a treinta y dos kilómetros del ferrocarril más cercano y rodeado de pobres pescadores, a quienes suministraba sus cuidados por muy módicos honorarios. Distante unos seis kilómetros de la costa, hallábase la isla de Inishmore, donde algunas familias se ganaban lo suficiente para vivir, entregadas a las faenas de la pesca.

Hacia fines de 1901 se declaró una epidemia en la isla. El Dr. Smyth iba a ella diariamente remando con mucho trabajo sobre la mar gruesa, y llevando consigo lo que necesitaban los enfermos. Vivían éstos en miserables chozas; y el buen hombre tenía que hacer las veces de médico y de enfermero, pues no había nadie que pudiese ayudarle.

Al fin resolvió que, para salvar a los apestados, era indispensable trasladarlos al pueblo, donde estarían mejor atendidos. Pero los pescadores de Puerto Burton, rehusaron prestar sus botes, por temor al contagio; y sólo le fué posible hallar uno, y aun éste hacía agua. Un oficial de la Junta de Gobierno local vino en ayuda del doctor; y habiendo navegado juntos hasta la isla, trajeron los pobres enfermos a la embarcación, uno a uno, y volvieron a Puerto Burton. Pero con la carga que llevaba empezó a entrar en el bote más agua de la que el doctor había calculado; y mientras él remaba, el oficial tuvo que dedicarse a achicar el agua. De esta suerte, agotando sus fuerzas lograron conducir la embarcación a puerto; y no bien hubieron desembarcado el último enfermo, cuando el barco se hundió. Pero todas las víctimas de la epidemia estaban ya seguras en tierra y el doctor marchó a su casa satisfecho. Se acostó y una semana más tarde murió de la fiebre. Había salvado la vida de muchos a costa de la suya.

EL SACRIFICIO DE LA HERMANA DE UN REY

Todo era desorden y confusión en Tebas. Habiendo estallado la discordia entre dos hermanos que gobernaban la ciudad, uno de ellos, Eteocles, expulsó al otro, Polinices, a fin de reinar él solo. Pero el expulsado reunió a toda prisa un ejército y volvió con ánimo de entrar a viva fuerza en Tebas. Eteocles y sus soldados salieron a su encuentro y los hermanos trabaron combate y se mataron. El ejército sitiador, habiendo perdido a su jefe, huyó a la desbandada.

Quedó entonces de rey Creon, tío de los contendientes, e hizo promulgar una orden disponiendo que el cuerpo de Eteocles fuese enterrado con grandes honores y que se le hiciera un espléndido funeral, pero que el cadáver del otro hermano permaneciera en el campo fuera de los muros de Tebas para ser devorado por las aves.

En aquellos días era tenido por cosa terrible el dejar un cuerpo insepulto y se consideraba como una gran afrenta hecha a la persona del muerto. Así, pues, Antígona, hermana de Polinices, determinó enterrar a su hermano, a pesar de haber afirmado el rey que si alguno se atrevía a sepultar u honrar el cadáver, sería encerrado en una tumba de roca donde moriría abandonado.

Antígona salió secretamente de la ciudad, y viendo que no podía transportar el cadáver, esparció polvo encima de él para honrarlo, sustrayéndolo así al oprobio e ignominia de dejarlo enteramente insepulto. Llegó el hecho a oídos del rey, y ordenó que Antígona fuese enterrada viva en la tumba de roca. Cuando la conducían para cumplir la sentencia, todos los que la encontraban en su camino se enternecían al verla tan joven y tan bella. El mismo rey se arrepintió de lo que había hecho y acabó mandando sacarla de la tumba. Por desgracia era ya tarde. La diligencia de los emisarios sólo sirvió para descubrir que Antígona había muerto.